

JESUCRISTO VOLVERÁ

Orville Swindoll

Me ha tocado viajar bastante a lo largo de mis años en el ministerio cristiano pero siempre he dicho que la mejor parte de todo viaje es volver a casa. Sé donde vivo y con quién, y siempre prefiero estar donde está mi corazón.

Encuentro un paralelo entre este deseo natural y la esperanza del cristiano de encontrarse con su Señor en gloria. Tal como dicen las Escrituras, somos extranjeros y peregrinos en este mundo. Y la esperanza del retorno del Señor a recibir a los suyos y llevarlos consigo a la gloria ha servido a lo largo de los siglos para alegrar el corazón del creyente y darle ánimo para mantenerse firme en los conflictos y las pruebas. En la vida cotidiana raramente logramos las victorias plenas que aspiramos y muchas veces nos encontramos en una lucha desigual con fuerzas más feroces y más potentes que nosotros.

En realidad, Dios nos creó con debilidades propias para que aprendamos a depender de él y descubrir que él es nuestra suficiencia. Bien dijo Cristo a sus seguidores: «Sin mí nada pueden hacer». Con él todo es posible; pero sin él, nada.

Nuestra esperanza de la victoria total está todavía en el futuro, aun cuando se fundamenta sobre la muerte y resurrección de Jesucristo hace casi dos mil años. La victoria definitiva del cristiano está estrechamente relacionada con el retorno de Cristo a esta tierra.

Para poder apreciar la importancia de la segunda venida de Cristo debemos enfocar primero su ascensión. Cuando Cristo estuvo a punto de ascender para sentarse sobre el trono del universo a la derecha de su Padre celestial, sus discípulos todavía tuvieron algunas incógnitas. Habían presenciado su maravillosa resurrección de entre los muertos y habían gozado de la comunión muy grata con él después de ese triunfo, pero no todas sus preguntas fueron respondidas. Por eso, justo antes de subir Cristo al cielo, le preguntaron (Hechos 1:6):

Señor, ¿es ahora cuando vas a restablecer el reino a Israel?

Estuvieron conscientes de que aún había muchas cuestiones no resueltas. Seguramente, todos nosotros tenemos en mente algunas situaciones que no están resueltas todavía, aun cuando hemos experimentado la salvación y el perdón de

nuestros pecados. Para esas cosas la respuesta del Señor es doble:

1) En primer lugar, Jesús respondió a la pregunta de sus discípulos: *«No les toca a ustedes conocer la hora ni el momento determinados por la autoridad misma del Padre. Pero cuando venga el Espíritu Santo sobre ustedes, recibirán poder y serán mis testigos tanto en Jerusalén como en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra»* (Hechos 1:7–8). Cristo nos ha dejado la compañía del Espíritu Santo para orientarnos, sostenernos y capacitarnos en las situaciones diarias de la vida cuando estamos conscientes de que nuestra capacidad es insuficiente.

2) En segundo lugar, los ángeles que acompañaron a Jesús en su ascensión al cielo dijeron a los mismos discípulos: *«Galileos, ¿qué hacen aquí mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido llevado de entre ustedes al cielo, vendrá otra vez de la misma manera que lo han visto irse»* (Hechos 1:11). Es decir, la historia no termina aquí, con la ida de Jesús. Al contrario, se va para prepararnos un lugar, para esperar que todos sus enemigos se postren a sus pies y, luego, volverá a recibir a los suyos en gloria.

La relación entre la primera y la segunda venida de Cristo se presenta de manera sucinta en el texto de Hebreos 9:26–28:

Ahora, al final de los tiempos, [Cristo] se ha presentado una sola vez y para siempre a fin de acabar con el pecado mediante el sacrificio de sí mismo. Y así como está establecido que los seres humanos mueran una sola vez, y después venga el juicio, también Cristo fue ofrecido en sacrificio una sola vez para quitar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, ya no para cargar con pecado alguno, sino para traer salvación a quienes lo esperan.

Vale decir, que en su primera venida tuvo que asumir la enorme responsabilidad de resolver el gran problema de nuestros pecados y nuestra rebelión que nos separaban de Dios y nos hacían merecedores del juicio divino. Cristo mismo tomó sobre sí esa carga pesada y dio su vida en el Calvario para rescatarnos y liberarnos del mal. Como para completar su obra, tuvo que volver al trono de Dios en el cielo, ser coronado como rey del universo y luego esperar que todos los enemigos de Dios se rindieran a sus pies.

Pero un día volverá, no para tratar con el tema de nuestros pecados, pues ese

problema ya enfrentó y solucionó con el sacrificio de sí hace casi dos mil años. Al contrario, según reza el texto, volverá *«para traer salvación a quienes lo esperan»*. Nuestra salvación ya nos llena de consuelo y alegría. Ha servido para romper las cadenas que nos ataban por mucho tiempo. Nos ha proporcionado la grata presencia del Espíritu Santo que nos acompaña en todo momento. Pero lo mejor está aún por delante. ¡Cristo mismo volverá! ¡Aleluya! No vamos a permanecer solo con la memoria de él.

A los hermanos de Tesalónica, el apóstol Pablo quiso alentar en medio de sus pruebas y penurias. De manera escueta y precisa, les anticipó la segunda venida de Cristo en estos términos (1 Tesalonicenses 4:16–18):

El Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego los que estemos vivos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados junto con ellos en las nubes para encontrarnos con el Señor en el aire. Y así estaremos con el Señor para siempre. Por lo tanto, ánimo a unos a otros con estas palabras.

Concluimos con otras palabras que el mismo apóstol escribió a los hermanos en Corinto (1 Corintios 15:58):

Por lo tanto, mis queridos hermanos, manténganse firmes e incommovibles, progresando siempre en la obra del Señor, conscientes de que su trabajo en el Señor no es en vano.